

Ana María Lorandi *

La preservación del patrimonio cultural y natural, abordados desde una perspectiva integral, tiene un desarrollo embrionario en nuestro medio y en este momento estamos coordinando esfuerzos entre la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y la Administración de Parques Nacionales.

Previo a cualquier implementación práctica, debemos revisar los conceptos fundamentales sobre los cuales se pueden apoyar la acción concreta de preservación del patrimonio, y al mismo tiempo, implementar una campaña de formación de recursos humanos con el propósito de contar con agentes capacitados para llevarla a cabo.

Como lo expresaremos en este trabajo, la relación entre el medio natural y cultural y su preservación pasa inexorablemente por la sociedad, considerada en sus términos amplios y en sus instituciones específicas. En otras palabras, nos referimos a los grupos humanos que conviven con determinado patrimonio, en determinada región o ciudad, que son capaces de "reconocer" los valores y la potencialidad paisajística y productiva de su medio natural y que, al menos teóricamente, serían capaces de reconocer también en determinados edificios o restos culturales, los símbolos específicos del devenir histórico regional o nacional. Esta sociedad, está organizada en instituciones diversas, estatales o privadas de distinta jerarquía, tales como los gobiernos nacional o provincial, las municipalidades, la escuela, sociedades de fomento. Cualquier acción de educación sobre la problemática del medio natural o cultural debe tener, como primer objetivo, dirigirse a todos ellos como actores centrales y trabajar en conjunto para implementar una ética y una estética de la preservación.

* Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos. Investigadora CONICET.

Directora del Instituto de Ciencias Antropológicas - Facultad de Filosofía y Letras - U.B.A.

Ante todo, debemos considerar que el manejo y la valoración que una población hace de sus recursos está condicionada por factores culturales, ideológicos y políticos, y que su vinculación con el tema del desarrollo regional es una tarea que no debe dejarse al arbitrio de funcionarios que improvisen acciones que resulten finalmente lesivas, por falta de formación adecuada sobre los aspectos técnicos específicos que es necesario implementar en cada caso.

El medio natural y el medio cultural deben ser preservados poniendo en práctica medidas legales, económicas y técnicas adecuadas a las características particulares de cada uno de ellos y que resulten conducentes para lograr objetivos previamente bien delimitados y que eviten condicionamientos que los alteren, anulen o tergiversen. Los objetivos de preservación deben estar asentados en conceptos teóricos claros y sobre todo correctamente explicitados.

Metodológicamente, cada región debe ser tomada como una unidad de análisis particular y, aunque resulte artificial hacer ciertos cortes espaciales, es necesario acotar el universo de estudio a fin de profundizar en sus aspectos estructurales específicos y luego integrarlo en una unidad mayor que permita lograr la comprensión totalizadora de los problemas que deberán ser abordados. Cada región tiene problemas que le son propios, pero ellos solo adquieren significación si se los encuadra en el marco más amplio de la cultura, la ideología y la política nacional.

El primer paso consiste en realizar una evaluación general sobre el tipo o tipos de ambientes naturales y culturales existentes en cada región seleccionada y de los componentes sociales que están involucrados en su uso y en explotación. En este caso deben considerarse también los actores que desde otros ámbitos nacionales o internacionales intervienen directa o indirectamente en el uso y explotación de ese espacio.

En tanto que la sociedad es el agente fundamental que potencia o destruye un ambiente natural o cultural, es necesario tener en cuenta la historia del poblamiento regional, en la misma medida que su constitución actual. Las acciones a implementar no serán las mismas por ejemplo en la Patagonia, en la Pampa húmeda, el Litoral o el Noroeste. Veamos, a título de ilustración, como puede abordarse esta última región, cuáles son las variables que es necesario analizar como paso previo a cualquier tipo de acción concreta

en defensa del patrimonio.

La variable histórica y los condicionamientos ideológicos y políticos.

El noroeste es la región del país que albergaba la sociedad prehispánica culturalmente más desarrollada, dentro del actual territorio nacional. En términos generales, podemos decir que se trataba de grupos organizados en casicatos o jefaturas de rango medio, que disponían de excedentes de producción que permitía el intercambio y que habían implementado técnicas agrícolas relativamente complejas. Habitaban en pueblos conglomerados, construyendo reductos defensivos amurallados; cultivaban acondicionando las laderas de los cerros mediante andenes y cuadros de cultivo, disponiendo de una red de canales para riego que aseguraba el éxito de las cosechas. La explotación simultánea de distintos pisos ecológicos les permitió el ejercicio de la complementariedad productiva, haciendo pastar sus hatos de llamas en las cumbres, practicar la agricultura en las laderas y bordes de los ríos y extraer frutos, madera y alucinógenos de las vertientes montuosas que reciben la humedad de los vientos del litoral. El conocimiento íntimo del ambiente les permitía asegurar su subsistencia y potenciaba los conflictos interétnicos por el control de cada uno de esos pisos ecológicos. Producción de subsistencia y producción destinada al ejercicio de la reciprocidad social y ritual, necesariamente se apoyaban en un conocimiento minucioso de las riquezas naturales y de las posibilidades y pretensiones del otro social, su amigo o enemigo, según las circunstancias. De hecho podríamos decir que existía una libre circulación del conocimiento, acerca de los valores fundamentales del propio grupo y sobre el cómo lograr los objetivos que cada uno se imponía, tanto como conocían los objetivos y modos de lograrlo de los restantes grupos con los cuales estaban obligados a interactuar.

En el período colonial, esta situación de libre circulación del conocimiento se altera radicalmente. En primer lugar debemos destacar que la historia colonial del noroeste está signada por el sistema de tributo en trabajo que se impuso en las encomiendas, en reemplazo del tributo en bienes que subsistió en otras regiones con mayor capacidad productiva. La sociedad nativa del N.O. fue repartida y puesta en manos de los conquistadores y colonizadores que usufructuaron el trabajo indígena, no ya en relación con sus

propios excedentes comunitarios, sino que fueron reducidos al trabajo compulsivo, realizado en tierras de su encomendero, o en las propias pero legal o ilegalmente usufructuadas por el colonizador. Esta producción destinada al tributo, no consistía ya en los bienes valorizados por la sociedad nativa sino en aquellos apetecidos por la nueva clase hegemónica. El trigo exigió utilizar otros tipos de suelos y otras técnicas; ^{ocurrir} qué de la vid; la producción masiva de hilados y tejidos comprometió seriamente el trabajo femenino, distrayendolo de sus funciones familiares y por fin la ganadería mayor, que como el hilado y el tejido, estuvieron destinados al nuevo mercado regional con epicentro en Potosí.

Este es un cuadro de profunda disrupción social; olvido de las técnicas ancestrales destinadas a la producción del maíz, que en ese momento ya sólo tenía valor para los propios indios; incapacidad práctica de producir y controlar el uso de los excedentes, porque no restaba tiempo libre para construir andenes, reparar o limpiar canales; esto último además, perdió significación por cuanto se había limitado el ejercicio de la reciprocidad ritualizada frente a las presiones extraeconómicas, la desestructuración étnica y la persecución de idolatrías.

En segundo lugar debemos considerar que la población nativa del N.O. obstaculizó la ocupación afectiva del territorio hasta fines del siglo XVI y luego, el valle Calchaquí en particular, continuó en tenaz resistencia hasta mediados del siglo XVII. Alterados sin duda por la presión exterior, los pobladores del valle tuvieron éxito, no obstante, en conservar sus modos de vida independientes, a pesar de las campañas represivas y los intentos, en la práctica siempre frustrados, de colonización de su territorio étnico. Entre 1630 y 1643, una amplia rebelión que involucra además a las restantes poblaciones del centro y sur de Catamarca y norte de La Rioja, puso en peligro durante 13 años todo el sistema colonial en su conjunto.

La respuesta final de las autoridades españolas tanto en ocasión de la rebelión de 1630-43, como ante la resistencia del valle Calchaquí, fue la destrucción del sistema de solidaridad étnica, por medio de los traslados masivos de población y la fragmentación de la comunidad, entregando a cada participante de las campañas de represión un número variable de familias indígenas, que eran instaladas en nuevas comunidades multiétnicas, lejos de su hogar original.

Tenemos, entonces, que el servicio personal y los traslados provocados por el tipo de explotación que se implanta y las desnaturalizaciones como castigo por la rebelión, provoca una enorme y definitiva alteración del mapa étnico de toda el área. Se favorece el mestizaje interétnico, en el que interviene diversos grupos del noroeste, prisioneros capturados en las guerras del Chaco, europeos y finalmente africanos, traídos para reemplazar la mano de obra cada vez más escasa. Los efectos culturales de la historia colonial son catastróficos, porque provoca una fractura total en relación entre identidad y conocimiento de las pautas y valores preexistentes, a los que suman el acceso limitado al conocimiento y uso de los nuevos valores y bienes de la sociedad hegemónica.

Desde el punto de vista ideológico, la colonización de nuestras tierras no fue diferente de la del resto de América. El indio era considerado inferior, salvaje, indolente, idólatra y en el mejor de los casos, como un niño que debía ser guiado y con quien no se debían compartir todos los conocimientos a causa de lo ante dicho. Por "su naturaleza" estaban incapacitados para participar plenamente de los valores de la nueva sociedad. La enseñanza de la religión se redujo a lo ritual, no se les permitió vestir ni vivir como españoles. La estructura de la nueva sociedad y el éxito de la colonización se sustentaba en esta discriminación, conformada según los ideales aristotélicos y agustinianos donde los más capaces gobiernan y los menos capaces trabajan. Este "orden natural" se consolida solamente si se preserva una circulación limitada de los conocimientos. Para ello se impide el acceso a la educación y se reducen las opciones de participación dentro de la nueva estructura económica. En suma se acotan rigurosamente los espacios en los cuales puede transcurrir la vida de los indígenas.

Teniendo en cuenta estos antecedentes y desde la perspectiva del indígena, podremos comprender mejor el abismo que se produce entre el pasado prehispánico y el presente colonial.

Desde la perspectiva del colonizador, las pautas culturales son sistemáticamente controladas para sostener y afianzar la diferenciación y la distancia social. En este contexto, son educados también las nuevas generaciones de europeos que llegan a América y las más recientes oleadas de inmigrantes. En este tema, la situación en el siglo XIX y parte del XX, no difieren sustancialmente de la anterior.

Sin duda el mestizaje al que hicimos alusión más arriba, pone un matiz a esta discriminación y limita sus efectos. Si la educación tendía a marcar las diferencias, la realidad del mestizaje favorecía la incorporación de una cierta parte de los estratos inferiores dentro del grupo autocalificados como "blancos". Esto se lograba solamente si como paso previo se borraban los estigmas sociales, y se adoptaban (cuando esa incorporación encontraba un espacio posible) las pautas culturales de la clase a la que se quería acceder.

Es así que nos encontramos con que la relación entre estigma social y olvido del pasado son dos variables interdependientes. Los valores cambiaron de signo, y era necesario asumir los de la sociedad dominante, que implicaban simultáneamente, desconocer, sepultar y si era necesario, destruir, el medio natural y cultural en pos de una adecuación, y más tarde "modernización", que, aunque se transformó al paso de los años, tenía por denominador común el menosprecio liso y llano del pasado indígena y de sus modos de significar su identidad. Cultura y naturaleza fueron percibidas a través de otras lentes. El ritmo de cambio se fue acelerando en las últimas décadas, al mismo tiempo que se aceleraba también el despoblamiento progresivo del territorio del noroeste, ya que las capas más sumergidas de la sociedad partían y lo continúan haciendo, en busca de nuevos horizontes laborales y culturales.

¿Cómo puede abrirse paso a la valorización del patrimonio prehispánico y la manera de percibir la naturaleza a través de esta red de símbolos estigmatizados? Para abordar este problema debemos previamente considerar la incorporación de nuevos símbolos de significación histórica, necesarios para la construcción de la nueva nacionalidad, y en esto el noroeste no difiere de lo que sucede en el resto del país. Si observamos el proceso de los cambios simbólicos, debemos advertir que de los valores originales enraizados en la etnicidad, se pasó a los de la hispanidad, luego a la regionalidad y más tarde a la nacionalidad.

A partir de la independencia, durante los primeros decenios del siglo XIX, el regionalismo hace una fuerte eclosión, bajo el liderazgo de los caudillos, herederos ideológicos de los encomenderos españoles y nuevos dueños de la tierra. La desestructuración étnica fundada por la conquista y la colonización, deja una capa de individuos agregados en comunidades artificialmente recompuestas, que carecen de objetivos comunes y de auténtica cohesión social. Esto explica el éxito de los caudillos, que cumplen un rol fundente,

facilitado por la posibilidad de ejercer presión sobre una población que carecía de identidad clara, y que salvo en contados casos, no disfrutaba de derechos legales sobre las tierras que escasamente explotaba. Si no se inserta el caudillismo en este contexto previo de poblaciones desnaturalizadas e instaladas con derecho precario en tierras ajenas, no podrá entenderse en su complejidad global. Caudillismo y formación de las nuevas identidades provinciales van de la mano, apoyadas en la previa desestructuración colonial.

¿Qué ocurre entonces cuando, a lo largo del tiempo, la educación formal, a través de la escuela pública, trata de incorporar a estas poblaciones autoaisladas, dentro del más amplio contexto nacional? Se recurre en primer lugar a la veneración de los símbolos patrios y el conocimiento de la historia nacional en buena medida es reemplazado por una interminable sucesión de conmemoraciones desarticuladas entre sí, dejando espacio muy amplio para que el sustento concreto de la identidad se construya sobre difusos valores de regionalización y diferenciación por oposición a la integración, que era el objetivo, solo imperfectamente logrado, de la educación formal. De todas maneras, educación formal nacional e informal regional, coinciden en un deliberado olvido del pasado prehispánico. Eso era "cosa de indios", con las cuales la nueva sociedad pretendía no tener nada en común. La Historia, con mayúsculas comienza en 1810 o a lo sumo en 1492, cuando los españoles tajaron a América la "civilización". Antes de esto sólo había en estas tierras un mundo salvaje, amorfo, herético y como dicen los cronistas de gente "sin pulicía", sobre el cual era mejor no hablar.

Como vemos, la didáctica de la enseñanza de la Historia nacional, no difiere de la utilizada en el período colonial. Sólo rituales y conmemoración, que reproducen los antiguos mecanismos de "socialización". La técnica tiene gran éxito, y continúa ampliándose, puesto que evita el análisis crítico de la realidad histórica, ofreciendo un conocimiento estereotipado, cuando no falsificado, que se asume en bloque, porque representa el "orden natural de las cosas".

Una vez más, se limita, se coarta la circulación de la información. El conocimiento de la realidad queda solo en manos de las elites instaladas en el poder, que pueden manipularlo libremente, al servicio de sus objetivos de clase.

La consecuencia que se deriva de este proceso histórico de manipulación y limitación a la circulación del conocimiento es el olvido del pasado prehis-

pánico, una escasa integración nacional y a la vez, una sobrevaloración de lo regional, pero que al carecer de sustento intelectual, da lugar a la infor-
ción de regionalismos e indigenismos aislacionistas y xenófonos.

La situación actual

Analicemos el presente como consecuencia del pasado. Esta es la realidad sobre la que debemos trabajar.

Es bien sabido que sobre todo en las últimas décadas, la sangría migratoria afectó fuertemente la demografía de todas las provincias del noroeste argentino. Esta realidad se compecece con la implantación, desde tiempos coloniales hasta el presente, de unidades de explotación económica que se acomodan a las perspectivas de la sociedad dominante y desconocen a priori cualquier beneficio que se deriva de la experiencia . . . de la escasa población con ancestros nativos que aún habita en el ámbito rural.

La mano de obra disponible fue reacondicionada para adaptarse al ambiente en las limitadas opciones que ofrecían las haciendas, a las presiones económicas de un mercado (cuando puede acceder) que no controlaba ni controla y a las extraeconómicas del sistema social hegemónico que continúa manipulando los mecanismos de aculturación y de movilidad social.

En este sentido la relación hombre-medio ambiente sufrió un cambio que causa un deterioro substancial. La ganadería extensiva provoca un sobrepastoreo que altera la cubierta vegetal, modifica el equilibrio ecológico y sus cadenas bióticas y acelera la erosión de los suelos. Los bosques de algarrobo que en tiempos prehispánicos constitufan un recurso fundamental en amplios sectores del noroeste (en especial en las provincias de Catamarca y La Rioja) fueron talados con una doble consecuencia: no pueden ser explotados actualmente en vista a obtener beneficios de recursos renovables (por ejemplo alimentar cerdos y desarrollar la industria del chacinado) y por el otro un factor más de desertización. El más reciente auge del cultivo de la papa, realizada por productores pampeanos en muchos casos, no tiene reparos en utilizar técnicas lesivas para la conservación de los suelos, agravado cuando los productores no son propietarios de las tierras.

Por lo tanto, la ruptura cultural que invade todos los niveles de la sociedad, está anegada por una mentalidad rentista, de explotación extensiva, con escasa inversión del capital, atenta a la solicitud de los mercados extrare-

gionales y ciega generalmente a las necesidades de preservación del medio local. En este contexto el poblador rural, con un ya lejano origen indígena es solo mano de obra y no conforma un sector autónomo ni en el proceso productivo ni como consumidor.

En las pequeñas ciudades el fenómeno es algo diferente. Existe una pequeña "burguesía" local, formada por pequeños y medianos propietarios de tierra que generalmente realizan tareas administrativas complementarias, en organismos estatales o privados. De esa manera el dueño de una pequeña finca completa sus ingresos con recursos de origen urbano, que le permiten sostener dos casas y que constituyen los reales articuladores entre el campo y la ciudad. Ellos son, en la situación actual, los auténticos campesinos, cualquiera sea su origen étnico, pero generaciones y generaciones de mestizaje y llegada de nuevos inmigrantes borraron su relación directa con el pasado. Salvo en ciertas regiones de la Puna y la quebrada de Humahuaca, no existen ya campesinos de origen indígena más o menos cercanos.

Es este sector urbano que comienza a mostrarse permeable a la nueva prédica sobre preservación del patrimonio natural y cultural que se genera en los centros nacionales más avanzados. En realidad estamos frente a un fenómeno de "retorno", originado en ciertos segmentos de la sociedad nacional e hispanoamericana, que intenta reconstruir una noción de valor respecto a su propia historia, en particular de la prehispánica.

Por el momento es un fenómeno incipiente y artificial en cierta medida, en tanto que es una sociedad que lucha en una zona gris, entre la consuetudinaria diferenciación impuesta a lo largo de varios siglos y el nuevo discurso que la induce a mirar hacia atrás. ⁴⁶Esta es la situación real, que se encuentra además en distintas etapas de su desarrollo según cada provincia y cada ciudad. El diagnóstico correcto de esta situación es imprescindible antes de comenzar a elaborar una metodología de trabajo, salvo que pretendamos ignorar la situación un tanto "esquizofrénica" que se crea en algunos niveles de la población a causa del doble discurso al que se ve sometida. Es indudable que no es posible sustentar un proyecto sólido, y con resultados perdurables, si nos apoyamos en una base en la que se advierte una grieta tan profunda. Es necesario hacer desaparecer esa grieta, mediante esa acción educativa realizada por agentes bien entrenados. Entrenados ante todo en la necesidad

de observar y también de escuchar las aspiraciones de la gente. Es necesario auscultar qué saben sobre el medio en el cual están insertos, cómo lo perciben y qué esperan de él, en términos de realización individual y colectiva.

Por otra parte hay que estudiar cómo se sortean los escollos derivados de las soluciones propuestas por los indigenismos extremos los que, dado el proceso colonial que hemos descrito, no tienen ya sustentación real. Ellos reivindicán el pasado (lejano o reciente) exacerbando el etnocentrismo ultra. La inseguridad provocada por la marginación regional y aún local, respecto del estado nacional, es falsamente superada mediante este manejo aliado del patrimonio y de la historia, asociándolos con una falsa identidad cultural y social inexistente.

Si el amor al patrimonio del pasado prehispánico y su valoración se sustentan en este contexto, generan un sentimiento que finaliza por resultar perverso y disociador, porque bajo la cobertura de la identidad local se ahonda la separación con respecto a la sociedad nacional y a las propuestas e impulsos más dinámicos del cambio cultural, tecnológico y social. No podemos olvidar, además, que buena parte del culto folklórico ha sido siempre alentado desde las clases superiores, como un mecanismo válido para dejar una válvula de escape al descontento popular, e impedir que la presión social rompa la estructura de poder.

El método de trabajo y el reverso de la ideología

La forma más sensata y eficiente para manejar una situación compleja como la que hemos analizado, consiste en favorecer una prédica que simplemente valore el patrimonio por sus méritos intrínsecos, es decir, por que forman parte de la historia de una región; siendo cada uno símbolo reconocido de una época y una circunstancia histórica o socio-económica particular. Esto admite que se conserven o restauren testimonios prehispánicos, coloniales, y desde período de la Independencia hasta el presente, porque todos forman parte de la historia real. Historia, con mayúscula que, ante todo, debe ser perfectamente conocida, con sus héroes pero también con sus antihéroes, con sus glorias y sus derrotas. Y no solamente la historia pequeña de los grandes héroes, sino la historia grande del proceso social en el cual todos, en algún momento, han estado insertos y fueron y son protagonistas. Cuando cada mujer

y cada hombre comprenda que no importa cual sea su actividad, siempre es un protagonista de la historia, entonces comprenderá también que cada poblado, cada canal de riego antiguo o moderno, puede ser considerado como testimonio de valor histórico y formar parte de la preocupación colectiva para conservarlo y restaurarlo.

La población local es el custodio natural de estos testimonios, porque viven en su entorno, así como son custodios del medio ambiente natural en tanto dependen de él y deben explotarlo y potenciarlo. Pero para asumir esa responsabilidad, no es necesario que se identifiquen ideológicamente con uno u otro segmento de la historia. Hay que educar en la defensa del patrimonio, porque es testimonio de la Historia en conjunto, nos guste o no el curso que ésta haya seguido. Es más, ese patrimonio no les pertenece sólo a ellos, son los custodios de un patrimonio que nos pertenece a todos, si es que todos formamos parte de una misma nación. Simplemente cada uno asume el segmento de responsabilidad que le corresponde, y debe custodiarlo para sí y para todos.

Valor cultural versus valor económico

Si tomamos el problema como lo hicimos hasta ahora, vemos que hay un valor político-ideológico en la apreciación del patrimonio cultural y natural. Si logramos separar este contenido de aquellos que intervienen directamente en el proceso de interacción hombre-medio ambiente natural, el problema debe ser analizado desde otro ángulo. ¿Cómo potenciar una integración dinámica y creativa entre los elementos de la ecuación? ¿Cómo hacer que una región con excepcionales valores naturales y culturales no se convierta en un museo y vuelque todo su esfuerzo en apoyo del turismo, que no sólo es inestable, sino que, además, puede paralizar la modificación creativa de la naturaleza y desvaloriza al mismo tiempo la construcción de una cultura moderna, que no precisa conservar falsos vínculos o raíces con el pasado para expresarse en su totalidad?.

Obviamente, no se pretende aquí implementar una disyuntiva shakespeariana sino insistir en algunos aspectos fundamentales:

1.- La metodología tiene que tener en cuenta los fenómenos sociales presentes y pasados y trabajar a partir de ellos como punto central.

2.- El inventario de los bienes naturales y culturales debe hacerse con la participación de los interesados, de modo de familiarizar al agente de preservación con la percepción que tienen de ellos los distintos niveles de la población.

3.- No olvidar que en esta etapa, lo que se intenta es elaborar una metodología de trabajo que permita avanzar en un campo sobre el cual hay escasas experiencias internacionales y prácticamente ninguna a nivel nacional o regional.